

GIULIO LEONI



EL
CRIMEN
DE
MEDUSA

algaida
INTER

Título original: *I delitti della Medusa*

Primera edición: 2013

© 2006, Giulio Leoni

Derechos gestionados a través de Piergiorgio Nicolazzini Literary Agency.

© Traducción: M.P.V., 2013

© Algaida Editores, 2013

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

Composición: Grupo Anaya

ISBN: 978-84-9877-872-4

Depósito legal: Se-38-2013

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

CAPÍTULO 1	
<i>Florenca, 16 de julio de 1300, después de la medianoche</i> . .	15
CAPÍTULO 2	
<i>17 de julio, sala hipogea del hospital de los Inocentes, en el corazón de la noche</i>	33
CAPÍTULO 3	
<i>17 de julio, convento de San Piero, hacia la hora novena</i> . .	43
CAPÍTULO 4	
<i>Mismo día, hacia el atardecer, palacio Cavalcanti</i>	49
CAPÍTULO 5	
<i>18 de julio, hacia el mediodía, delante de la casa de Vana del Moggio</i>	63
CAPÍTULO 6	
<i>18 de julio, antes de la medianoche, en casa del cantor Casella</i>	83
CAPÍTULO 7	
<i>19 de julio, iglesia de San Piero, con las primeras luces del alba</i>	87
CAPÍTULO 8	
<i>19 de julio, al final de la mañana</i>	95
CAPÍTULO 9	
<i>El mismo día, hacia la mitad del día, en la residencia de Martino da Vinegia</i>	113

CAPÍTULO 10	
<i>Mismo día, en la hora siguiente, morada de Lapo Gianni . . .</i>	125
CAPÍTULO 11	
<i>18 de julio, hacia el toque de queda, barrio de San Frediano . .</i>	137
CAPÍTULO 12	
<i>20 de julio, primeras horas del alba, cerca de las casas de los Adimari</i>	161
CAPÍTULO 13	
<i>20 de julio, hacia la hora nona, palacio Cavalcanti</i>	169
CAPÍTULO 14	
<i>20 de julio, después del mediodía, fuera de las murallas Florencia</i>	181
CAPÍTULO 15	
<i>20 de julio, cerca del toque de queda, justo fuera de la muralla</i>	191
CAPÍTULO 16	
<i>20 de julio, noche, prostíbulo de Lagia, llamado del Paraíso</i>	197
CAPÍTULO 17	
<i>21 de julio, mañana en el convento de San Piero</i>	211
CAPÍTULO 18	
<i>21 de julio, a mediodía, convento de San Piero</i>	225
CAPÍTULO 19	
<i>21 de julio, en las vísperas, en casa de Dante</i>	239
CAPÍTULO 20	
<i>22 de julio, hora sexta, sede de la hermandad de Orsanmichele</i>	251
CAPÍTULO 21	
<i>22 de julio, mediodía en punto, sede de la legación véneta . . .</i>	261

CAPÍTULO 22	
<i>22 de julio, noche, palacio Cavalcanti</i>	279
CAPÍTULO 23	
<i>23 de julio, primera hora de la mañana, convento de San Piero</i>	297
CAPÍTULO 24	
<i>23 de julio, primera hora de la tarde, en la puerta de Pisa</i> . . .	309
CAPÍTULO 25	
<i>23 de julio, hacia la medianoche, palacio Cavalcanti</i>	321
<i>Nota del autor</i>	335
<i>Notas históricas</i>	337

EL AÑO HABÍA COMENZADO ENTRE TERRIBLES PRESAGIOS.

En Montebuoni, durante la medianoche del 24 de marzo, un rayo fulminó la torre campanario, provocando el derrumbamiento de la campana de bronce de mayor tamaño. El choque de la enorme copa invertida retumbó hasta Florencia, donde más de uno salió de la cama pensando en un terremoto y encomendando su alma a Dios y al diablo.

En el valle de Chiana, desde hacía meses nacían solo gallinas negras, y esto también podía tratarse de una extravagancia de la naturaleza como ya se habían visto otras. Se recordaba que una vez cayeron piedras del cielo y peces, e incluso hielo a las puertas del verano.

Pero luego, a principios del mes de abril en los bosques de San Casciano un campesino de poca monta, mojado en sudor frío y tiritando de terror, se había precipitado hacia la torre para tocar las campanas, gritando que se había cruzado por el puente con los cuatro jinetes del

Apocalipsis que galopaban hacia Roma. Y tartamudeaba al narrar cómo el Hambre le había rozado con su hoz y la Guerra le había arrancado sus calzones con un movimiento rápido de espada, y que estaba vivo solo gracias al escudo del arcángel Miguel, que milagrosamente se había interpuesto entre aquellos diablos desencadenados y su humilde piel de cristiano.

Y a pesar de que los golpes recibidos por los guardias del alguacil le habían transformado en un santo viejo para hacerlo entrar en razón, siguió durante días hablando acerca de la Muerte y de la Peste y de los caballos tan delgados que parecían esqueletos dando vueltas alrededor del trueno y de las llamas, sin cambiar ni una sola coma de su exposición inicial, con la boca llena de baba como si fuera un poseído.

Al final, logró que un grupo de valientes caballeros se acercara hasta el puente del camino que lleva a Roma para ver si quedaba alguna señal de los hechos que iba contando; y no habiendo encontrado nada, ni siquiera una huella de caballo quemada, regresaron para tranquilizar a los ciudadanos que esperaban ansiosos alguna noticia al respecto.

Los guardias, una vez calmados, terminaron por matarlo para curarle el delirio pero permaneció en el corazón de cada uno una tensión que no lograron aplacar.

También los sabios se encontraban nerviosos: Júpiter y Marte se habían unido a la constelación de Tauro, en el cuadrante de Saturno y Leo, y a pesar de que nadie sabía exactamente lo que eso podía significar y se discutía

sobre los grados de inclinación, un rumor se había extendido y circulaba de boca en boca, levantando algunos temores. Alguien había sacado a relucir las oscuras profecías de Joaquín de Fiore, un santo o tal vez un endemoniado. Y marchaban por las calles con la cara levantada, esperando ver de un momento a otro la nube fulminante del Juicio extenderse para oscurecer el cielo, entre sonidos terribles de trompetas para cerrar el siglo de una vez por todas en aquel año de Nuestro Señor, mil trescientos desde su nacimiento.

Y luego en las calendas de mayo la enésima discusión entre los seguidores de la familia Cerchi y los de la familia Donati, y la nariz cortada al joven Ricoverino, y la rabia sin freno de sus partidarios que se había desencadenado por las calles de Florencia.

Y ahora también esto.

1

Florenxia, 16 de julio de 1300, después de la medianoche



LA VELA ENCIMA DEL ESCRITORIO SE HABÍA CONSUMIDO por completo. La débil luz emitió un frágil quejido y luego se apagó con una última chispa.

El hombre siguió durante un instante el débil hilo de humo que subía hacia el techo de la celda, antes de volver a mirar fijamente los puntos trazados sobre los documentos que tenía delante de él. «Carcer... Tristizia... las Madres. Y luego Perdita... el Juez. Pero de esto... », murmuraba, mordiéndose el labio inferior mientras buscaba en la oscuridad una nueva vela para continuar con su trabajo. Sentía cómo sus pensamientos se iban confundiendo cada vez más, como si todo el cansancio de las noches insomnes le cayera encima de una vez.

Tensó los músculos del cuello y se frotó los ojos con fuerza, intentando vencer el sopor. Un dolor sutil, anidado bajo los tímpanos, había ido aumentando con el paso de las horas. También su oído era cada vez más incierto. Los versos violentos de los pájaros nocturnos llegaban borrosos, parecidos al rumor de una catarata lejana.

Otra señal de mal augurio. Y no era la primera. A pesar del calor sintió un escalofrío por toda la espalda. Había pasado el principio de la noche observando las estrellas para obtener un auspicio sobre lo que le reservaba la suerte. Pero ya a primera vista había obtenido un pronóstico infausto de la conjunción de Marte con su Sol de nacimiento que brillaba como un ojo maligno en la constelación de Géminis.

Se encogió de hombros. Era el prior de Florencia desde hacía tres meses. La ciudad parecía encontrarse en una situación agónica, rota por las luchas internas. Quizás no debió aceptar aquel cargo, mejor mirar para otro lado y pensar en sus propios intereses. Pero, ¿quién mejor que él podía encargarse de salvar la situación? ¿Quién tenía todavía dos ojos en aquella ciudad de tuertos y de ciegos, de bestias llenas de viento y de rencor?

Debían ser los días de su triunfo y en cambio le parecía estar estancado en una tierra de muertos.

—¡Abrid, señor Durante!

La voz del alguacil arañaba detrás de la puerta, sobreponiéndose a los gritos de las cigüeñas. Reprimió un temblor: cuando su nombre se pronunciaba por completo era una señal de mal augurio. Acto seguido, enterró rápidamente el libro de geomancia árabe entre los estantes que cubrían desordenadamente el escritorio. En Orvieto, pocos años antes, el gran Sigieri de Brabante había sido asesinado precisamente por la excesiva pasión con la que leía las obras de los infieles. Era necesario ser muy cauteloso para no despertar en los demás ciertas curiosidades.

Especialmente ahora que en Roma se acababa de proclamar el gran Jubileo secular, y toda la región Toscana era recorrida por encendidos predicadores en busca de dinero y almas que salvar.

Se colocó rápidamente la túnica, asegurándose de que la empuñadura de la daga continuaba en su lugar, en el bolsillo escondido, y retiró el pestillo de la puerta.

—¡Señor Durante! —De nuevo el rumor, esta vez más claro. El alguacil era un hombre robusto y poco agraciado, con unos rasgos bastos que le encadenaban a la plebe de la que provenía. Encuadrado en el hueco de la puerta completamente recubierto de hierro, recordaba una de esas calderas de destilación que en alguna ocasión había visto en tierra de San Marcos, llenas de alcohol de uva en ebullición. Podría parecerle ridículo a cualquiera, incluso a quien lo detestara menos que el prior, ya que se notaba cierta falsedad en toda aquella presencia marcial. Como si en vez de metal, aquel barrigón tuviera la coraza recubierta del papel maché de los muñecos de carnaval. Falsa también la aparente ferocidad de su voz que quería parecer solemne y en cambio era incierta, lamentable, como un jarrón dañado.

Parecía presa de un temblor que se transmitía a cada una de las piezas dañadas de la armadura, haciéndolas tintinar ligeramente con el sonido de un taller de calderos. Se asomaba al umbral sin atreverse a dar un solo paso hacia el interior esperando a que el prior saliera.

—Vuestra esposa me ha dicho que estabais despierto, y que podía... ¿pero qué os pasa en los ojos? ¡Parecen ruedas de fuego!

El prior apretó los párpados para superar los ligeros vértigos que se habían apoderado de él.

—Espero que tengáis buenos motivos para interrumpirme en casa mientras trabajo, alguacil. —Se frotaba las manos por el frío, mientras seguía ordenando sus documentos.

—No deberíais alejaros de San Piero. Conocéis la norma. Y además de noche... —respondió el otro algo picado, mientras sus ojos se detenían en los libros. Creía calcular el número, que alcanzaba quizás la docena. Una cantidad inquietante de palabras que se escondían en aquellas hojas, y las palabras, lo sabía bien por su experiencia como inquisidor, servían solo para esconder la verdad y disminuir el proceso de la justicia.

El prior contrajo de nuevo imperceptiblemente los párpados, molesto por aquella mirada que no se alejaba de los documentos.

—¿Habéis venido hasta aquí para recordarme la ley? Soy quien la hago.

El otro estaba a punto de replicar algo, pero se retiró.

—Hay un asunto, prior, que... que deberíais ver con vuestros propios ojos —dijo permaneciendo en el umbral y sin dejar de mirar a su alrededor—. Sí, hay algo que deberíais ver inmediatamente.

—¿Qué?

—Después... es mejor que lo veáis. Es vuestro deber...

El otro parecía inseguro, como si le faltaran las palabras necesarias para explicarse. El prior no replicó, ven-

ciendo las ganas de humillar al adversario. Era mejor no ofender sobre todo en aquel momento. Las presiones del papa sobre el consejo eran casi insoportables y se necesitaba la unión de todas las partes para hacer frente común contra el peligro, cada vez más cierto, de perder la independencia de la ciudad. Se necesitaba evitar por todos los medios que otros funcionarios estuvieran de parte del cardenal de Acquasparta. Para ajustar las cuentas con aquel pomposo idiota ya tendría tiempo más adelante. En el cerebro del prior habían tomado cuerpo algunas frases con las que situarlo para siempre en un lago de fuego. O quizás en un cubo de mierda, en el enorme poema en el que llevaba pensando desde hacía ya algún tiempo. Y además en el fondo tenía razón, ver era una de sus obligaciones. Verlo todo.

—Os sigo —dijo.

El alguacil guiaba al grupo con paso rápido. Detrás de él, el prior y seis guardias de escolta armados con la pica. La tierra que pisaban se había quemado durante el día por el sol y en las tinieblas parecía emanar parte de aquel calor bajo la forma de un sutil vapor húmedo, que empapaba las ropas y el pelo como si fuera una lluvia muy fina. A la luz de las antorchas y de los rayos de una luna casi a punto de su plenitud, parecía que caminaban a empujones sobre una ligera alfombra de algodón, sobre todo cuando atravesaban una esquina algo más húmeda.

Iban a la torre de la Castaña, junto a las casas de los Donati, en dirección a la abadía. El prior pensó en primer lugar que marchaba hacia la residencia del capitán del

pueblo, pero luego el grupo se desvió por un callejón lateral. Parecían seguir intencionadamente un recorrido por las calles menos frecuentadas, como si el alguacil y toda la compañía quisieran pasar de la forma más inadverida posible. Según la ley en vigor, no debían encontrarse con nadie salvo con las rondas de los barrios. La ordenanza del toque de queda era cada vez más rigurosa conforme aumentaban los enfrentamientos y las peleas entre las facciones.

Por eso por aquel entonces solo algún ladrón irreducible se atrevía a violar dicha ley pero el comportamiento del alguacil parecía dramáticamente desproporcionado, si se pensaba en un posible robo. Para llevar a un prior en mitad de la noche por aquellas calles tenía que tratarse de algo más que de una simple agresión nocturna al patrimonio de los buenos florentinos.

La inquietud que lo había invadido desde el primer momento fue creciendo. Su mano continuaba rozando la empuñadura de la daga. No era la primera vez que para arrestar a algún personaje importante se recurría a una excusa para llevárselo sin levantar revuelo, simulando alguna urgencia que no se podía diferir. Pero más tarde la mirada del alguacil lo tranquilizó: aquel seguía hacia delante casi sin preocuparse de que lo siguieran, más pendiente de sus propias cavilaciones. También los guardias, de edad media y en bastantes malas condiciones, estaban claramente enfurecidos por aquel servicio fuera del horario, parecían más remolones que lobos hambrientos preparados para realizar un ataque. No estaban alerta, cada uno se encontraba absorto en sus propios pensamientos.

Giraron por varias calles estrechas y llenas de fango, luego entraron en la plaza grande y pasaron por detrás de las ruinas del Gardingo, donde sobre los restos de antiguas fortalezas gibelinas se estaba construyendo el nuevo palacio de los priores.

El enorme edificio no estaba todavía terminado y un ala completa permanecía cerrada por una barra que protegía también los trabajos en curso. El grupo cruzó una pequeña cancela estrecha construida con piedras amontonadas y pasó a través de un arco situado en el muro exterior, que daba acceso al patio interior de la construcción. Solo había luz en una esquina gracias a las antorchas de los guardias, inmóviles como estatuas. Parecía un vasto depósito de materiales de construcción de todo tipo, acumulados sin orden aparente. Un grupo cruzó los montones de travesaños y piedras, moviéndose hacia el espectáculo que se entreveía contra la pared de fondo en la zona poco iluminada.

Apoyado contra la muralla deformada por escombros, se levantaba una enorme carroza alegórica que el Gobierno de la ciudad había ordenado construir a los maestros de las artes de la madera tiempo atrás, cuando parecía que el emperador cruzaría Italia para ser coronado en San Pedro. Pero Alberto I había renunciado, demasiado ocupado en sus asuntos alemanes como para embarcarse en los italianos, y la imponente carroza de la gloria imperial, con una altura de diez brazos y coronada con la enorme águila de las alas abiertas, se había quedado aparcada en una esquina de la plaza de Santa Cruz hasta que

un día había desaparecido de la vista. Así que era aquí donde se encontraba, pensó el prior, a la vez que se imaginaba la montaña de florines que había costado a las arcas públicas.

Pero no era la carroza lo que tanto había turbado al alguacil y le había hecho arrastrar al prior hasta allí a tan altas horas de la noche, entre los guardias, como si fuera un detenido.

Un cuerpo humano colgaba entre las alas del águila con los brazos abiertos, casi desplegados, como si también él quisiera tomar vuelo bajo la protección del símbolo imperial. Era un cuerpo de mujer, colgado de la estructura de madera del ave rapaz, dispuesto a abrirse en el aire con los brazos y el pecho, como el de las figuras que los venecianos solían colocar en las proas de sus barcos para propiciar el favor de los dioses del mar. Pero a esta le faltaba la cabeza por completo. Había sido cortada con un tajo limpio y preciso sin dejar más señal de violencia en el cuerpo que los restos de sangre que se encontraban a los pies de la estructura, como una imagen terrorífica para los presentes.

El prior se precipitó debajo del cuerpo suspendido desde arriba, abriendo los ojos ante el horror. Diez años antes, cuando tomó parte en Campaldino de la ruptura de las líneas retinas, cuando bajo el tiro de las flechas enemigas se lanzó junto con los hombres de la caballería florentina contra las lanzas de los infantes, había visto a su alrededor sangre de heridas terribles, y de nuevo recordaba el

terror de la muerte. Había visto a sus amigos caer y toda la masacre de aquella horrible matanza.

Pero ahora era diferente. En un enfrentamiento mortal se desencadenan energías terribles y diabólicas que parecen alimentarse del sudor gélido y que animan al combatiente anulando su memoria, pensaba sobre sí mismo y sobre sus miedos. Pero aquí, lejos del aliento de Marte, aquel pobre y frágil cuerpo privado de la parte más noble, era testimonio no de la locura de la guerra, sino de un intolerable acto de violencia bárbara y vil. Una crueldad ciega y brutal, pensaba, pero no carente de una terrible grandeza, como ocurría en las costumbres de pueblos remotos, alejados de la civilización romana, según narraban los valientes viajeros que habían recorrido aquellas tierras extraordinarias.

Había incluso un deseo de asombrar, por la forma en la que el cuerpo había sido alzado hasta aquella altura y dispuesto en el gesto de un vuelo terrible bajo la señal del supremo poder en la tierra.

Por eso el alguacil se había apresurado a llamarlo ante lo que parecía ya desde el principio una larga investigación *in diabolicis*. Con este acto se reconocía su superioridad intelectual, pensó con orgullo, respecto a todo el consejo; gigante entre aquellos enanos que las últimas urnas habían llevado a los escaños del priorato.

Ahora los florentinos sabrían el regalo que la Virgen les ofrecía, conocerían el don con el que nació Dante de Alighieri bajo el signo de Géminis treinta y cinco años antes, extraordinario en su extraordinaria ciudad.

—Avoco a mí el deber de la investigación criminal —dijo con una voz fría y estudiada, dirigida al alguacil pero lo suficientemente fuerte para que todos la escucharan.

El jefe de la policía ciudadana emitió como respuesta un suspiro de alivio y de aceptación. Aquella orden clara e inequívoca, no consensuada, representaba seguramente para él una pequeña humillación, realizada además delante de sus propios hombres. Pero no faltaría la ocasión para vengarse: la labor del prior duraba solo dos meses y pronto aquel poeta arrogante volvería a ser un don nadie entre la multitud de investigables. Y entre sus libros seguro que encontraba algo para acusarlo. Pero por ahora a todos les convenía dejar las cosas como estaban.

—Mis hombres y yo estamos a vuestras órdenes, señor Alighieri. Disponed según os plazca.

Lo primero era la escena del delito. Tras coger una antorcha y a uno de los armados, Dante comenzó a examinar lentamente el terreno en la base de la carroza. Aun en el desconcierto de la situación, había algo que saltaba a la vista: la relativa escasez de sangre en el suelo para una herida tan horrible.

Como si en la parte de abajo solo hubiera fluido algún residuo de las venas truncadas, mucho después de la paralización del corazón. Si la mujer hubiera sido decapitada en el mismo lugar en el que se había izado su cuerpo, la hemorragia habría tenido que ser mucho más imponente. Difícilmente la cabeza que faltaba se encontraría por aquellos lugares. No preguntó nada a propósito a los guar-

días porque solo el hecho de que nadie hablara del asunto confirmaba sin necesidad de palabras su teoría. Y además quería depender lo menos posible de aquella gentuza, sus mentes ineducadas habrían podido fácilmente confundir la verdad.

No, tenía que confiar en sí y ponerse a trabajar con la máxima atención. En el suelo se notaban evidentes restos de pasos, aunque las huellas parecían confusas e inciertas en el polvo revuelto. Sin embargo, afortunadamente la repulsión que provocaba aquel lugar había alejado instintivamente a los guardias, salvaguardando así las huellas grabadas en el momento de la exhibición del delito, o incluso de su consumación. Las que podían distinguirse con mayor claridad tenían una misma señal en la parte superior derecha, como si en aquel punto la suela se hubiera dañado. Parecía evidente que todas pertenecían a un solo hombre. Un hombre de tamaño medio, a juzgar por la amplitud de sus huellas. Un hombre sin embargo con una fuerza imponente si había logrado alzar aquel pobre cuerpo hasta la altura de las alas de la majestuosa representación, sin ningún resto visible de haber usado cuerdas u otros artificios.

—Solo un demonio puede haberla izado hasta esa altura, señor Durante —dijo el alguacil con el tono ponderativo de quien realiza una profunda consideración. Dante no toleraba de ninguna manera aquella forma de profetizar una banalidad como si fuera un oráculo.

—Dejemos al demonio en sus abismos —le calló bruscamente señalando a los guardias, que nada más sentir aquellas palabras habían comenzado a ponerse nerviosos.

La cuestión quedaba sin embargo abierta, y no encontraba ninguna otra hipótesis razonable que oponer a la que acababa de decir el alguacil. El diablo se había convertido en una presencia constante en las tierras italianas desde que el papa había reconocido en Federico II al Anticristo. Y se descubrían señales suyas continuamente. Sin embargo, aquel idiota debería haber entendido que lo último que debía hacer en aquel momento era propagar todavía más comentarios de ese tipo.

Aun así seguía buscando el apoyo de sus hombres, con el aire de quien sabe mucho y ha entendido más.

No había ninguna otra cosa significativa que buscar por la parte inferior. Ahora necesitaba acercarse a la mujer, arriba, si quería captar alguna señal que le permitiera entender los hechos ocurridos. Se quitó la túnica y la gorra con los escudos del priorato, entregándolas a uno de los guardias ordenándole que tuviera el máximo cuidado, y comenzó a encaramarse por la escalera de piedras que constituía la estructura de apoyo de la carroza con el águila. Procedía con cautela, intentando moverse muy despacio y solo avanzaba después de haber comprobado la solidez del apoyo sobre el que se encaramaba.

Había comenzado la subida confiando en la energía física que desde joven lo había caracterizado. Pero ahora se daba cuenta amargamente de que habían pasado años desde que aquella energía fue puesta a prueba por última vez, y la empresa se iba revelando más dura de lo previsto. Casi en cada movimiento se veía obligado a detenerse para limpiarse con el dorso de la mano el sudor que le impreg-

naba la frente y le caía por los ojos nublándole la vista. El calor y la tensión nerviosa por el miedo a perder el apoyo parecían cortarle la respiración conforme avanzaba con dificultad hacia la cumbre. Según subía, la claridad de las antorchas situadas en la parte de abajo iba debilitándose y las sombras aumentaban. Había llegado muy cerca del cuerpo que colgaba de las alas cuando descubrió con un escalofrío que este no estaba atado a la estatua, como hasta ese momento había imaginado, sino que en cambio se encontraba clavado con largos clavos de carpintero que habían rasgado las muñecas y los tobillos de aquella infeliz antes de clavarse hasta el fondo en los travesaños de la estructura.

Una de las delicadas muñecas se encontraba en tan mal estado tras la laceración del hierro, que el asesino había tenido que reforzar la sujeción del clavo con una cuerda, para evitar que el peso del cuerpo arrancara el antebrazo de la mano crucificada.

Sentía cómo las mandíbulas se endurecían como la piedra ante el asco que sentía. Estaba a punto de comenzar a descender debido a los ataques de vómito que tenía, cuando se percató de un detalle que podía reducir aquel horrible cuadro a un comportamiento mucho más feroz y terrenal. Del cuello de la figura de madera, en una posición que no era visible desde la parte baja, colgaba un perno de metal compuesto de un tipo de cadena utilizada durante los trabajos de finalización de un edificio, y que se decía que lo había inventado el gran Arquímedes. Quien había asesinado y violado de tal forma a esa mujer tenía que haberlo usado para levantar el cuerpo hasta

aquella altura. Tenía que haber necesitado con toda probabilidad una fuerza notable, habilidad y dominio de los principios de la mecánica elemental, si bien con la ayuda de aquella maquinaria también un hombre solo podría lograrlo. Y esto, se dijo, parecía confirmar la primera hipótesis que había nacido tras la observación de las huellas en la base de la construcción. De forma que no era una fuerza titánica y bruta, y tampoco una mano diabólica, sino más bien el uso perverso de la razón lo que había consumado el delito.

No sabía si tranquilizarse ante este descubrimiento, que alejaba del terrible hecho la presencia de Lucifer, o en cambio sentir que la ciudad de Florencia estaba habitada por un monstruo que vagaba escondido entre sus sombras.

Dudó un largo instante. Aquellos elementos parecían revelar una contradicción en la forma del delito. ¿Por qué una obra de la razón tenía que servirse de los medios de una violencia tan atroz? Y en caso contrario, ¿cómo podía ser que una furia nacida de la sinrazón pudiera emplear instrumentos racionales para obtener su puesta en escena?

Volvió a examinar el cadáver, intentando captar otros detalles. El cuerpo estaba vestido, o mejor, cubierto con una extraordinaria túnica de brocado de seda color púrpura, enriquecida con lo que parecían perlas y granos plateados, que llegaba a ser casi negro en la zona del escote donde un pequeño reguero de sangre la había mojado por completo. En la luz incierta que llegaba desde abajo el cuerpo parecía envuelto en una nube de estrellas. Un tejido espléndido, pensó Dante sofocando de nuevo una ar-

cada, algo muy por encima de cuanto estaba permitido por las leyes suntuarias de la ciudad y que ninguna mujer honesta de Florencia se habría atrevido a exhibir en público sin el castigo ejemplar de la autoridad. Se asomó todo lo que pudo agarrándose al pico del águila, intentando acercarse para observar de cerca aquellos restos envueltos en la rigidez de la muerte.

Una parte de la túnica estaba caída, arrastrada por el propio peso, dejando al descubierto los brazos y las piernas del cuerpo arqueado de la mujer. Incluso sin aquella túnica preciosa, Dante habría sabido a primera vista que no podía tratarse de una mujer del pueblo o de una cortesana común: demasiado delicadas y armoniosas aquellas manos contraídas, demasiado finos los tobillos arañados. Intentaba encontrar alguna señal que le sugiriera un detalle, una idea. Algún elemento que hiciera surgir en él un recuerdo.

Luego, una emoción dolorosa se le agarró en la garganta, un vértigo casi le hizo perder el equilibrio: él conocía a aquella mujer. Había algo conocido y familiar en aquellos gestos ya inertes, algo que se perdía en el libro de la memoria, algo sumergido por el horror pero que ahora volvía a aflorar como en un espejo ofuscado, como un eco justo antes del sueño.

Desde arriba ordenó a los otros que subieran para bajar el cuerpo y poder examinarlo.